

Lo real del *sinthoma**

Eric Laurent

Terminamos la primera parte de este Seminario refiriéndonos a una opacidad que fue abordada de diversas maneras. Si el sujeto siempre es feliz a nivel de la pulsión, sin un psicoanálisis, ¿cómo será entonces el modo de satisfacción propio del final de análisis?

Lo que sabemos es que, a lo largo de un análisis, el sujeto construye su fantasma en una operación donde la necesidad y la contingencia del goce establecen entre sí una dialéctica sutil. Para determinar el fin de un análisis, en relación con ese saber sobre el goce depositado en el fantasma, teníamos una respuesta como el deseo. El deseo decidido, obtenido al final del análisis, venía a responder a la indecisión en cuanto a la propia necesidad de ese goce. Pero, si queremos definir la salida de un análisis no a partir del deseo, sino a partir del goce en sí, ¿cómo y por medio de qué operación se hace el encuentro con lo imposible?

La transferencia tiene algo que ver con esa operación, dado que ella es la clave de la relación con el saber de un análisis, como la comunicación de Antônio Teixeira nos recordaba esta mañana. La transferencia de saber se articula en torno al Sujeto supuesto Saber, como decimos a partir de Lacan. Pero, ¿será que realmente percibimos las consecuencias de ese punto de doctrina que condensa toda la distancia entre Freud y Lacan? ¿Qué es la transferencia?

Freud, cuando renunció a la sugestión hipnótica, vio surgir la transferencia en su complejidad. En este concepto se reúnen toda una suerte de fenómenos con relación a la persona del analista. Se trata, a primera vista, de un conjunto de sentimientos positivos y negativos que remiten al modo de relación fantasmática de cada analizante, que van más allá de la persona del analista y que remiten al más profundo modo de enamoramiento y rechazo del analizante. Pero, esos afectos tienen una relación con el saber inconsciente, dado que, dice Freud (1912), hacen obstáculo al desarrollo lógico del tratamiento. Ese amor y ese odio constituyen un obstáculo entre el analizante y el saber que el inconsciente devela.

Después de haber escrito “La interpretación de los sueños” (1900), resultado del autoanálisis de su trabajo de duelo por la muerte de su padre, Freud hizo equivaler la transferencia al Edipo, al amor al padre, al amor-odio, en este sentido, a la repetición. Lo que Freud descubre es que no es posible que haya amor feliz con el Padre, que es el fundamento de todo lazo con el semejante. La primera identificación, pre-histórica, es condición de todo y cualquier amor posible. Será, sin embargo, detestado ya que es portador del interdicto que incide sobre el único goce que podría ser el bueno, el incesto. Más que en el mito de Edipo es en “Tótem y tabú”¹ (1913) donde se despliega la relación entre el padre y el goce. El padre es aquel que en el relato mítico de “Tótem y tabú” puede

* Segunda parte del Seminario “Mentiras de la felicidad”, dictado en el marco del XVII Encuentro Brasileiro del Campo Freudiano, Río de Janeiro, 22 de noviembre de 2008. Publicado en *Locuras, sintomas e fantasiasna vida cotidiana*, EBP, Scriptum, Belo Horizonte, 2011. Publicadas al español en *El caldero de la Escuela – Nueva serie* 10, Grama, Bs. As., 2008.

gozar de todas las mujeres, un goce sin límites. Las consecuencias serán formuladas en “Psicología de las masas y análisis del yo” cuando Freud (1921) dice que el líder de la masa, el jefe, se vuelve el padre temido. La masa quiere ser dominada por una potencia ilimitada y el goce ilimitado del padre habita al jefe, que lo hereda.²

El siglo XX quiso prescindir del padre de cualquier modo: por medio de todos los tipos de maniobras utópicas, por la construcción de comunidades fraternas, por medio de ficciones jurídicas y, sobre todo, por la ciencia que redujo al padre al silencio. Parece que en el siglo XXI fue reducido a un residuo ineliminable. Sin embargo, para librarse del padre, del embarazoso enamoramiento que ocasiona, y para ayudarnos a situar la verdadera naturaleza del amor, es preciso atravesar la pantalla del padre freudiano, aquel que sirve para todo, especialmente, para garantizar la ficción de “todas las mujeres”.

La deconstrucción psicoanalítica del padre no se hace por medio de la utopía ni por medio de nuevos ideales. Ella se realiza por medio de una operación lógica de distribuir el padre en los tres registros: real, simbólico e imaginario. Lacan considera que el padre totémico de “Tótem y tabú” (1913) es, de hecho, el padre real. El padre declinado en el Edipo es el padre imaginario, del cual hacemos el duelo –duelo del hecho de que él fuese alguien formidable. En fin, se llega al padre simbólico. De este, Lacan (1974-1975) hace una función, tal como el Nombre-del-Padre. ¿Qué es una función? A diferencia de un concepto, una función no tiene esencia. Ella solo tiene la realización de las condiciones que definen su campo de aplicación. De una función solo conocemos sus realizaciones en su campo de aplicación. El padre simbólico, en este sentido, se define a partir de los modelos en los cuales la función se realiza. No hay un nombre común del padre, universal. Si “ser” es ser el valor de una variable, “ser un padre” es ser uno de los modelos de realización.

$F(x) - \{a, b, c, \dots\}$
 $F(\text{NdP})$

La función, sea el Nombre-del-Padre (NdP)³ o $F(x)$,⁴ solo es conocida por medio de los valores que asume. El acceso a la cuestión del Padre solo puede ser hecho uno por uno, de aquellos que se volvieron padres. Y Lacan va más lejos: el “uno por uno”, de hecho, va a remitir al “una por una”.⁵ El padre, en vez de ser definido como el universal de la garantía del goce de todas las mujeres, será definido como aquel que tuvo acceso a una y cuyo fracaso del goce hizo de él un padre. Lejos del universal, que es el sueño freudiano del Padre, Lacan va a poder enunciar: el padre no tiene derecho al respeto sino por el amor, es decir, si él hace de una mujer su objeto a , su causa de deseo.⁶ Para enfatizar bien el hecho de que hay en eso un fracaso específico, que constituye el malentendido de la relación sexual, Lacan afirma que, en eso, lo que una mujer acoge, a -coge, con el “ a ” del objeto, nada tiene que ver con lo que está en cuestión. Aquello que le concierne son otros objetos a , que son sus hijos.⁷ Desde el comienzo de este Encuentro, el año 1975 es muy citado por diversos expositores, sobre todo las conferencias en Yale (1975),⁸ quiero indicar que allí, donde Lacan pronunció la frase sobre la satisfacción del final de análisis, hay otro dicho sobre el lugar de Dios. Una vez más, Lacan toma la cuestión en el reverso del mito freudiano. Freud pensaba que Dios toma su fuerza a partir del padre simbólico o del padre

real, lo que se puede debatir, pero lo importante es que Lacan (1975) dice que el ateísmo es una enfermedad de la creencia en Dios. Es la creencia de que Dios no interviene en las cosas del mundo. Imaginen la cara que puso el auditorio americano.

“Dios interviene todo el tiempo, por ejemplo, bajo la forma de una mujer”, dice Lacan.⁹ Porque una mujer, en la vida de un hombre, es algo en lo que él cree. Y creer que hay “una” puede conducir a pensar que “La” mujer existe. Creer para Lacan, como experiencia fundamental, creer en su inconsciente, para el sujeto pasa por creer en una mujer. La cuestión que permanece abierta es saber si es necesariamente un hombre el que tiene que creer en una mujer, ya que Lacan dice que todo aquel que ama a una mujer es heterosexual, sea hombre o sea mujer.¹⁰ Por lo tanto, es complicado de comprender, pero lo que es simple es que Lacan reformula completamente, subvierte al Padre freudiano: el padre no es garantía de ninguna función universal, de ningún acceso total a las mujeres, es apenas testimonio (y retomo, aquí, toda la gama de sentidos que Berenger dio a esa término) de un fracaso [*ratage*] particular.

En el camino del amor del padre como universal, el amor del padre como versión de goce, la plataforma giratoria [*plaque tournante*] es la lectura de Lacan (1960-1961)¹¹ del *Banquete* de Platón. No se trata de una tragedia, sino de un diálogo filosófico, se trata de un saber sobre el deseo que está en juego en el histórico Sócrates. Él es amado por aquellos que lo siguen y él es cauteloso con ese amor. Es amado y quiere permanecer amado. Esquiva a cada uno de sus alumnos de una manera particular. Le habla a cada uno de ellos de aquello que no dice a todos, pero cada diálogo terminará con su huida e irá para otro lugar cualquiera sea el carácter amable de sus interlocutores. No olvidemos que aquellos que lo seguían, jóvenes aristócratas atenienses, eran los jóvenes más bellos e inteligentes y Sócrates no cedía a ellos nunca. Entonces, en el dispositivo analítico ocurre una cosa semejante. Aquellos que nos vienen a ver, hombres y mujeres, son, con frecuencia, amables, algunos de ellos muy amables. Sin embargo, la primera báscula que se va a producir en el discurso analítico es la mudanza de la posición de “amable” a la posición de “amante”. Amante quiere decir: aquel a quien le falta algo. Es preciso que esa báscula se haga.

Es por eso que las tentativas patéticas de Marilyn Monroe para analizarse fueron un fracaso. Ella nunca basculó de la posición de amable a la posición de amante. Ella optó por Ralph Greenson¹² e hizo de él su madre, la madre que ella nunca había tenido, y supo involucrarlo completamente, transformándolo en una madre incapaz de darle los cuidados necesarios. Es por eso que Philippe Sollers soñaba con un encuentro imposible entre Marilyn Monroe y Lacan, un Lacan todavía más *star* que Marilyn Monroe, completamente indiferente a ella. Tal vez, ella hubiese tenido ahí una chance de un destino distinto al suyo, que fue trágico.

En los casos en que, de hecho, se produce esa báscula, el analizante se vuelve amante, le falta siempre algo, algo que no tiene nombre, algo diferente de aquello que puede desear por medio de una nominación. Esa otra cosa se aísla, como podemos encontrar en Lacan, en una relación libre con el significante, en la cual se aísla el deseo de saber como deseo del Otro. Ese es un toque de magia, una magia aún más fuerte de aquella que Agamben imaginaba. Una magia que hace que se olvide que no hay allí nada más allá de los poderes

de la palabra. Es el deseo de saber, aquello que siempre se escapa cuando se intenta nombrar lo que ya partió –tal como lo encontramos en Aquiles y la tortuga. Por medio de esa magia, el analista viene a ocupar el lugar de aquel que sostiene el saber sobre el deseo inconsciente del analizante. Se vuelve el Sujeto supuesto Saber. El analizante se torna amante del saber supuesto y el analista se niega a ser deseable. Sócrates lo hacía de una manera histórica: deja, en su insatisfacción, a Alcibíades que, luego después del banquete, hará un gran lío, implicándose en la historia de la castración de Hermes –aunque no había sido él sino sus camaradas, que estaban involucrados directamente en eso, Atenas va a pedir su cabeza. Son las peripecias de la vida de Alcibíades.

El analista no es un histérico, se niega a ser deseable lógicamente. Es el deseo propio del analista que le permite soportar el Sujeto supuesto Saber con la particularidad del saber inconsciente del analizante. ¿Por qué lo hace lógicamente? Porque él, antes que nada, obtuvo una certeza a partir del atravesamiento que hizo en su propia experiencia de que no existe *partenaire* necesario, de que la relación sexual no se escribe y de que hay, en efecto, solamente la contingencia del encuentro. Este punto, recordado ayer por mí, fue llamado por Lacan a cierta altura de su enseñanza, duelo absoluto. Solamente si el analista obtuvo ese punto, podrá soportar la fuga fundamental que consiste el análisis. Al mismo tiempo, soportará no ser deseable y no identificar a sus analizantes con una nominación, no hace de ellos un grupo. A partir de ahí, de su propio duelo es que podrá que otro continúe hasta obtener el punto donde se descubre lo imposible de la relación sexual y la contingencia del goce por su propia cuenta.

El pasaje del enamoramiento del padre universal de la transferencia al Sujeto supuesto Saber es una operación por la cual el analizante hace el duelo de toda y cualquier garantía sobre el goce. Él se confronta con una experiencia a ser hecha junto a una mujer, una por una, corriendo el riesgo, que es el verdadero riesgo de la sociedad del riesgo –como diría Ulrich Beck (1986), un sociólogo que, como todos los sociólogos, cree que la relación sexual existe y por eso se interesa por todos los otros riesgos. El riesgo fundamental, aquel que debe correr el sujeto, es situar la cuestión del goce femenino. Entonces, al final del análisis, en los términos que ubicamos, el sujeto descubre que no hay otra garantía sino los propios *impasses* del padre, es decir, la impotencia del padre, sin embargo, gracias al analista, más exactamente a la operación analítica, es posible pasar de la impotencia a lo imposible. El *odioenamoramiento* [*hainamoration*] primero, que define la relación con el padre, revela otras pasiones, una vez que se atraviesa la falsa garantía. Y es a partir de ahí que el sujeto puede aumentar su vocabulario pasional, una vez que los afectos ya no apuntan al propio padre, pero sí al saber del inconsciente, del Sujeto supuesto Saber, que es un nombre del inconsciente.

De estas relaciones pasionales que el sujeto articula con su inconsciente tuvimos varios ejemplos en las conferencias realizadas. En el final del análisis, hay un afecto maníaco-depresivo, indiferencia, como también el sujeto siempre feliz. Tenemos también afectos, como la felicidad de la alegría o de la beatitud, que están ligados al saber, y de los cuales Spinoza hizo una lista. Ellos no están ligados a un saber divino sino a ese saber particular que se revela en la experiencia –esos afectos maníaco-depresivos tienen una relación con el saber. Los Analistas de la Escuela (AE) con sus testimonios contribuyen al crecimiento de

este nuevo vocabulario, yendo hasta el misterioso amor por lo real con el que soñaba Spinoza, como recordaba Jacques-Alain Miller (2008-2009):¹³ poder mantenerse en la pura contingencia.

La relación del sujeto con su inconsciente puede asumir toda una serie de formas. Nosotros sabemos que él alcanzó el punto de atravesamiento cuando los afectos de los cuales da testimonio no son afectos ligados a una satisfacción, ni son afectos ligados al lugar del padre para él, sino más precisamente son afectos o ideas ligados al inconsciente. ¿Cómo soporta el sujeto lo inconsciente? Es preciso que él pueda darnos testimonio de cuánto atravesó su culpa, en la relación de esta con su goce inconsciente.

Había titulado las dos partes de este Seminario, en un primer momento, como “El tejido del fantasma” y “Lo real del *sinthoma* y su multiplicidad”. Enseguida, quise cambiarlo por “La culpa del fantasma” (que me parecía más preciso para denunciar la mentira de la felicidad) y “La inocencia del *sinthoma*”. Me tranquilizó que lo haría de este modo y mágicamente anuncio esto aquí como sorpresa. Es más divertido así porque en el fondo hablar de la inocencia del *sinthoma* es también designar esa zona que al final del análisis permite atravesar la vergüenza, la vergüenza de existir. Otra manera de nombrarla es decir que es una paranoia exitosa, porque aquel que sería verdaderamente inocente, el único, es el paranoico. En este sentido, Freud tiene razón en decir “triumfo allí donde el paranoico fracasa” Porque, si todo el mundo delira, el delirio psicoanalítico consiste en obtener una certeza que no sea paranoica, es decir, que no incluya necesariamente una forclusión del Nombre del Padre. Ella da acceso a esta inocencia que es nombrada por medio de una serie de afectos nuevos que vienen a señalar la relación del sujeto con la lectura de su propio inconsciente.

Es una manera de decir que, al final del análisis, los nombres nunca designarán la Cosa, será siempre necesario encontrar otros nombres, reinterpretar sin cesar ese real del síntoma. Al final del análisis nos encontramos en una situación que es justamente el muro que encontró el proyecto de Gertrude Stein. Ella quería escribir novelas que no contaran nada. Ella quería abandonar la historización de otra manera que la realizada por James Joyce. De su obra en general sólo conocemos su aforismo “*rose is a rose is a rose is a rose*”. Ella escribió en su correspondencia de 1936: “sé que en la vida cotidiana las personas no andan por ahí diciendo *is a... is a... is a...* con relación a todos los nombres, pero creo que gracias a mi verso la rosa es roja en la poesía inglesa por primera vez desde hace un siglo”. El intento de cada uno de nosotros en el final del análisis es hacer que, en lo ilimitado de los nombres, en estas enumeraciones, a las cuales estamos entregados, podamos hacer que el síntoma de cada uno sea de color rojo en la poesía de nuestra lengua por primera vez en un siglo.

Traducción: Cecilia Parrillo

notas

¹ Freud, S., "Tótem y tabú" (1913), *Obras Completas*, Vol. XIII, Amorrortu, Bs. As., 1980, p. 143.

² Freud, S., "Psicología de las masas y análisis del yo" (1921), *Obras Completas*, Vol. XVIII, Amorrortu, Bs. As., 1993, p. 121.

³ Lacan, J., *El Seminario, Libro 5, Las formaciones del inconsciente*, Paidós, Bs. As., 2001.

⁴ Lacan, J., clase de 21 de enero de 1975, Seminario 22, "RSI", inédito.

⁵ *Ibíd.*

⁶ *Ibíd.*

⁷ *Ibíd.*

⁸ Lacan, J., "Conferencia en la Universidad de Yale", Conferencia del 24 de noviembre de 1975, Universidad de Yale, publicada en *Scilicet 6/7*, Seuil, París, 1976.

⁹ *Ibíd.*

¹⁰ Lacan, J., "El atolondradicho", *Otros escritos*, Paidós, Bs. As., 2012, p. 491.

¹¹ Lacan, J., *El Seminario, Libro 8, La transferencia*, Paidós, Bs. As., 2011.

¹² Ralph Greenson (1911-1979), psiquiatra y psicoanalista estadounidense, discípulo de Stekel y Fenichel, atendió varias estrellas de Hollywood.

¹³ Miller, J.-A., *Sutilezas analíticas*, Paidós, Bs. As., 2012.